

naturalista. Nuestro autor está salvado por la presión intelectual que hay tras los atisbos de su intuición. Sus tipos se graban por el lenguaje preciso y por la hábil explotación del rasgo grotesco. Si Andrés o Mario —dos de los protagonistas— pudieron quedar más hondamente calados, de una pieza, desde el ángulo de la precisión psicológica, están justos en la mayoría de sus palabras, lo que hace menos visible la contradicción de algunos de sus actos.

Sin poseer un estilo castizo, en lo que pudiera exigir un purista, carente de máculas antigramaticales, José Donoso supera estos percances, gracias al patetismo, a la plasticidad de la trama. *Coronación* con su ambiente cerrado, críptico, con su dama nonagenaria al centro, con su comparsa de servidumbre, análoga a la de ciertas novelas inglesas, podría ser llevada a la pantalla, sin más trabajo que convertirla en guión cinematográfico.

No encontramos referencias notables en la prosa chilena actual a fin de cotejar esta novela. *Coronación*, menos elaborada artísticamente, sólo mantiene un decoroso parentesco con *El Tiempo Banal*, de Guillermo Atías, por su afán de unir dos clases sociales, aparentemente opuestas, pero muy semejantes.—L. A. M.

■

“EL INFIERNO DEL PARAÍSO”, de *Antonio Campaña*

En una pulcra edición de la serie “Acanto”, Antonio Campaña ha publicado, recientemente, *El Infierno del Paraíso*.

Este mismo autor fue distinguido el año 1952 con el Premio Municipal de Poesía por su obra inicial *La Cima Ardiendo*.

Evidentemente y sin desconocer la consagración de otros valores líricos nacionales, nos hallamos ante un artista que domina la difícil técnica de la quintaesencia del arte con rara elegancia y admirable intuición.

El Infierno del Paraíso es un himno que a veces adquiere modu-

laciones épicas a través de la linterna mágica de lo onírico o la belleza sutil de la metáfora plena de pasionismo dionisiaco.

De esta mezcla pasional dionisiaca Campaña toma aspectos inusitados de la naturaleza, exaltándola con visiones emocionales hasta llegar al arrobamiento órfico. Compleja y sutil es esta técnica y privilegio de iniciados solamente:

*Qué muerte más mordida huyendo, qué cisne ocioso, reluciente.
Cual el mar que se lleva los ríto de las sienes.
Oh fechas y sueños rotos como rosa en el fuego.
Porque el amor es el infierno del paraíso,
El aro sin fin que sólo adivina su sombra,
Visiones hay para escapar, alma mía,
Suaves como cambiar tormentos por una tumba atenta
Y gritar la inocencia en un tejado o sobre el viento,
Pero, hoyo implacable, algo ido o por llegar se abre
Más allá de goces y muslos y ternuras animales,
Donde un océano saluda desde el principio
Y tu suerte es la piedra, su eterna dicha pura,
La piedra fría en que el sueño perece (pág. 50).*

Como todo poeta faústico cae en los simbolismo clásicos de la muerte, en las interrogaciones tremendas de la materia alucinada y sus versos rezuman dudas baudelerianas, como podemos apreciar en los siguientes:

*Ahora busca su historia que podía hacerse de un amor,
Toca tu muerto húmedo, presa definitiva, ahora lejos está
Tal el celo del rubor, lejos donde ya no es si es que era,
Débil en su efigie de hiedra, en el olvido,
Hundido en un país dorado, de fétida hermosura,
En un río para atravesar el amor sin deseo
Y lo que fue no contempla su pulida agua muda,
Pues el muerto es la sombra que danza,*

*El mar en busca del sitio para cambiar de sueño.
Alma mía, alma de nacer continuo,
Su pasión era la virtud en una agonía llena de bocas,
Y hoy su piel bien puede estar entre tus ojos o tus dedos
Porque la prudencia no se parece al amor,
Y en lo profundo, oscuro dulcemente,
Terror de rosa joven ante el lecho del viento
Será hoja, soplo será que pudo hacerse aire
Y al poco tiempo tierra y sendero inevitable
Y en lo profundo está sin vuelta y existiendo (pág. 68).*

Este autor se revela como un esteta consumado. Sus visiones las traduce con un arte etéreo. Su obra está cincelada con mano de artífice moderno, pero profundo. Su imaginación se mueve en un mundo de imágenes hieráticas, de elocuencias sibilinas y enigmáticas.

Indudablemente, Campaña se ha superado en esta difícil disciplina de arrancar melodías a las canteras inagotables del verbo.

No cae en los tremendismos del lenguaje ni puede clasificársele como un vate maldito u obsesionado por las visiones dantescas de un superyo atormentado.

Su poesía hunde sus raíces en lo mitológico: se trata de un poeta órfico, pero de un orfismo extraño.

En efecto, Campaña en su melodía nos hace sentir toda la antiquísima belleza oral del Ramayana.

Trabaja el venero exquisito de las metáforas con la euforia del soñador despierto y tiene la dosis exacta de pesimismo constructivo que agobia y enloquece, que desconcierta y atrae. Su canto es un mensaje más de armoniosa angustia creadora, elíptica y sublime, como debe ser siempre la expresión antropocéntrica del hombre ante el silencio terrible de lo creado.

Campaña con este poema saca al ente humano del infierno de la materia y lo coloca, suavemente, en el paraíso de la sensualidad evocadora.

Su lírica enerva, produce lasitud psíquica y, al término del himno, el lector se siente algo constricto y cohibido. La misantropía se refleja en la construcción esotérica del verso. Hay algo de pensamiento místico, mágico, primitivo y evanescencia de las formas.

Las estrofas las esculpe con ritmo lento y a veces suspende el pensamiento en una especie de levitación ritual:

*La forma se repite igual que en un espejo ciego que la vida devuelve
Y todo es lo mismo pues todo está hecho aunque no cumplido
Y un gemido perdurará y un instante será definitivo
Y otra forma sucederá al mar un día y un dios nuevo al dios dis-
[minuido,
Aire igual al aire, amor como el amor y todo a cero súbito,
Ah nada es más seguro que el fracaso en tu razón de espuma,
Ya no podemos buscar la verdad sino a recursos diabólicos,
Prometer el olvido a los dioses que nos enseñan los límites ajados
Y se castigan por haber nacido con un ojo en lugar de un deseo
Y nos tienen con una pierna sobre la otra en la mitad del aire
(pág. 27).*

O sea, este poeta se ha liberado totalmente de los cánones rígidos de la métrica y luce su dominio de los recursos nobles de la lírica con casi estudiada abulia u ocio helénico.

Es un preciosista de la imaginería metafísica y allí reside, quizás, la clave valiosa que emplea al dialogar con los dioses, con la naturaleza, con el amor, con la mujer, con la muerte.

Talla la metáfora y la engarza con maestría de taumaturgo en la piedra tosca del verbo.

Campana es un poeta logrado y sincero.

Su canto, eterno y abisal, libera al hombre de la maldición bíblica y lo hace convivir con la digna melancolía de un dios rebelde y obscuro.—*Hermógenes Matkovich.*